

PILAR NARVIÓN, RETRATO DE UNA PIONERA

Puede que a nuestros jóvenes no les suene demasiado el nombre de Pilar Narvión, incluso a los que en edad universitaria velan armas para ejercer la noble profesión periodística. Por eso conviene acercarse a ella, a sus crónicas y reportajes, y sobre todo a su biografía, una peripecia que corre paralela a los acontecimientos más señeros del siglo pasado desde el final de nuestra guerra y que excede el espacio que en esta sección se nos brinda.

Pilar Narvión nació en la turolense Alcañiz, y ése es un dato que no puede escapar al análisis de su biografía. De ella decía el ex ministro y profesor Lamo de Espinosa que era mucha mujer, mucha periodista y mucha aragonesa, y con ello probablemente quedaría dicho todo, pero uno se resiste, por admiración y asombro, a cerrar la puerta a una existencia tan apasionante.

La Narvión comienza a padecer la adicción del periodismo a la temprana edad de siete años, cuando colabora con su tío Mariano en Amanecer, el periódico de su pueblo. Pilarín sentía fascinación por esas hojas de diario que las muchachas del servicio ponían sobre el suelo recién fregado, y saltando sobre el papel se dejaba su par de ojos infantiles en sus titulares. Como recuerda Carmen Rigalt, ahí debió la Narvión de amasar su deseo de ser periodista, tanto por la seducción de aquellas noticias como por su firme decisión de no ejercer nunca de ilustre fregona. A los catorce años y por casualidad, envía un artículo al semanario madrileño *Domingo* y no sólo se lo publican sino que le solicitan nuevas crónicas. Estudiaba tercero de Bachillerato en Zaragoza y esas colaboraciones se extenderán a lo largo de tres años. En un viaje a Madrid en compañía de su tío Mariano, visita la redacción de *Domingo* y su director, que pensaba que bajo el nombre de Pilar Narvión habitaba una madura señora, la anima para que se traslade a la capital de España y estudie periodismo.

Que alguien, recién acabada la guerra y con diecisiete años se fuera a Madrid a intentar la aventura del periodismo es algo más literario que real. Que ese alguien fuese una mujer, orilla claramente los territorios de la ficción más increíble. La Narvión fue una de las primeras mujeres que estudia Periodismo en la mítica Escuela Oficial, y después

de Josefina Carabias, pionera en formar parte de la redacción de un periódico. Recuérdese que por entonces la mujer no podía firmar un cheque ni tener a su nombre un coche; todo lo había de supe-ditar al permiso paterno o marital. En 1950 ingresa en el diario Pueblo, escuela durante décadas de grandes periodistas, y entre 1957 y 1973 ocupa las corresponsalías de Roma y París, siendo testigo de hechos decisivos de la historia europea como la



firma del Tratado de Roma o los sucesos del Mayo francés. En aquella época, las pocas mujeres que ejercían el periodismo escribían sobre ecos de sociedad y ella fue una auténtica precursora del análisis de política internacional, pero también impregnó sus artículos de ánimos a las mujeres para que buscaran su propio rumbo laboral y accedieran a la cultura y a los puestos de decisión.

Regresó a España para ser subdirectora de Pueblo, y entonces ya no cesará en su obcecada labor como conferenciante sobre asuntos como la plena incorporación de la mujer al mundo del trabajo y su lucha por la equiparación con el hombre. Durante la transición ejerce la crónica parlamentaria, informando sobre el proceso constituyente o el 23-F y formando a un excepcional grupo de jóvenes promesas, sus célebres niñas: Rosa Villacastín, Consuelo Álvarez de Toledo, Julia Navarro, Charo Zarzalejos. A ellas les dijo la tarde del 23-F en el hemiciclo tras la entrada de Tejero: *Niñas, apuntad la hora y fijaos bien en lo que pasa, porque esto es lo que dicen los libros de historia que es un golpe de estado.*

Jubilada desde hace un par de décadas, Pilar Narvión sigue en forma a sus ochenta y siete años. Hace unos meses se publicó su libro de memorias dialogadas con Juan Carlos Soriano, y en él asombra su vitalidad y su todavía perspicaz análisis de la España actual. Sin embargo, pese a redactar crónicas a diario durante cuarenta años, no ha vuelto a escribir desde entonces una sola línea. Un día le confesaba la razón a Marino Gómez Santos: *Me veo incapaz de hacer nada por la mañana que no vaya a ser publicado por la tarde.* Eso se llama raza, señores. Y señoras.

Carlos del Pozo